

Documento No.	0029.00
Ingreso	C3
<input type="checkbox"/>	

Señor Cardenal Arzobispo de Santiago;
Señor Cardenal don Raúl Silva Henríquez;
(Señor Nuncio Apostólico de la Santa Sede;)
Señores Embajadores, Jefes de Misión y miembros del
Cuerpo Diplomático;
Estimados amigos que nos acompañan esta tarde;
Muy apreciados trabajadores de la Vicaría de la
Solidaridad:

Como es costumbre, con ocasión de la fiesta de San Francisco de Asís, la Vicaría de la Solidaridad hace un alto en su caminar para, entre otras cosas, agradecer. En primer lugar para agradecer a Dios por hacer posible este servicio de la Iglesia a los hombres y en especial a los sufrientes. Y también para agradecer a todos aquellos que tan desinteresadamente colaboran y apoyan nuestro trabajo, como son, entre muchos otros, todos ustedes.

En especial quisiera hoy agradecer la presencia de nuestro Cardenal Arzobispo, quien nos ha guiado y alentado en este tiempo honrándonos con su confianza y apoyo.

Del mismo modo, quisiera saludar y agradecer a todos y cada uno de quienes trabajan en esta Vicaría y a sus familias. Sin su aporte inestimable no sería posible cumplir esta hermosa misión.

Pero hoy día en particular quiero agradecer a quien con visión profética y profundo amor a la Iglesia y a la Patria, quiso que esta Arquidiócesis tuviera esta Vicaría como un instrumento de servicio para defender y promover los derechos humanos. Este pastor tan querido por todos y a quien rendimos un merecido y muy sincero homenaje esta tarde es el fundador de la Vicaría de la Solidaridad, el señor Cardenal don Raúl Silva Henríquez.

En esta oportunidad, también queremos hacer un recuerdo agradecido de quien, con simpatía y espíritu apostólico, encabezó la Vicaría hasta hace muy poco tiempo: Monseñor Santiago Tapia Carvajal. Su sencillez y sobre todo su bondad, aún perduran en estos pasillos, impregnando el quehacer institucional.

Desde aquella ocasión en que, para continuar la tarea del Comité para la Paz, el señor Cardenal Silva creó esta Vicaría, ha pasado mucho dolor por esta casa. Mucho dolor que ha querido ser transformado en consuelo, en esperanza, en compromiso solidario para la construcción de una patria de hermanos. Desde su creación, en este local se han prestado aproximadamente 400 mil atenciones.

El Departamento Jurídico ha presentado unos 8 mil recursos de amparo o habeas corpus y ha otorgado asesoría legal en unos 7 mil procesos judiciales. Este trabajo legal se ha complementado con la correspondiente atención médica y social que permite un servicio más humanizante de las personas. Además, en el último tiempo se ha desarrollado su capacidad de procesamiento de la información gracias a equipos computacionales donados por la Embajada de Italia y por la Comunidad Económica Europea, en gestos de generosidad que nos honramos en agradecer. Esto permitirá sistematizar mejor los datos para prestar un servicio a la comunidad más completo y eficiente.

Por otra parte, son también muchos miles los chilenos que han podido, de un modo u otro, sobrevivir en sus problemas de nutrición, cesantía, falta de casa, de salud, de educación, dignificándose a través de variados programas sociales implementados desde el Departamento de Zonas de esta Vicaría y continuados hoy por otras instancias de Iglesia en Chile y en esta Arquidiócesis con nuestra colaboración activa.

La Revista "Solidaridad", que por años fue, en el campo de los medios de comunicación social, una voz de

los sin voz, continúa hoy sirviendo a diversos sectores con la misma inspiración siendo un instrumento de apoyo en la información, formación y animación de muchas personas y grupos.

En este largo caminar, quienes trabajan o han trabajado en esta Vicaría han debido correr, a veces, la misma suerte de quienes sirven, experimentando en carne propia la inseguridad, el temor, la angustia de sus familias, el exilio, la prisión y aún el asesinato impune. No puedo dejar de hacer presente hoy nuestro prolongado sufrimiento por la prisión del Dr. Ramiro Olivares y por su familia. Su encarcelamiento nos duele porque lo sentimos injusto. Sin perjuicio del afecto que le expresara en nombre de toda la Iglesia arquidiocesana en el día de ayer el señor Cardenal Arzobispo de Santiago y en nombre de toda la Vicaría en la mañana de hoy el que habla, desde aquí le hacemos llegar nuestro saludo fraternal, nuestro apoyo y nuestra esperanza en una pronta reparación.

A pesar del gran esfuerzo desplegado por la Iglesia y la Vicaría, hecho posible gracias a la ayuda de

ustedes y de mucha gente en el mundo entero, y que ha sido también asumido por otras organizaciones de Iglesias y seculares, nuestra convivencia nacional continúa deteriorada, en el campo de los derechos humanos.

No puedo dejar de reconocer con satisfacción algunos avances positivos, como la firma de Convenios Internacionales contra la Tortura por parte del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, y que confiamos en que a la brevedad posible entren en plena vigencia, y la actitud que está imprimiendo a su institución el Sr. Director General de Carabineros.

No obstante, pareciera que la violencia como método de relacionarnos intenta profundizar sus raíces en el suelo de la patria. Ustedes conocen el conjunto de situaciones que nos han afectado todos estos años y en los últimos meses. Quisiera solamente recordar, a modo de ejemplo, las más graves de las más recientes: el secuestro aún no resuelto del Teniente Coronel del Ejército Sr. Carlos Carreño Barrera y la desaparición

forzada de los señores José Julián Peña Maltés y Alejandro Alberto Pinochet Arenas, denunciada a los Tribunales, así como, eventualmente, algunos otros.

En conciencia, no puedo dejar pasar esta ocasión, solemne para nosotros, de pedir, de rogar, de suplicar, en el nombre de Dios y de los más altos valores de la humanidad, con la fuerza moral que nos da el testimonio de servicio incondicional prestado en estos 14 años, a quienes quiera que sean los secuestradores de todos ellos, que los restituyan sanos y salvos al seno de sus familias.

No sólo por el número de los afectados sino también por las características de los hechos, hago este llamado con especial énfasis a quienes sean responsables de los últimos casos, por la particular gravedad que tendría el resurgimiento de un método repudiable que parecía suprimido hace años.

La violencia fratricida, no querida por Dios y condenada por la Iglesia, cualquiera sea su origen, es

una grave preocupación para esta Vicaría. Y no solamente por sus nefastas consecuencias en los acontecimientos contingentes de nuestra patria, en particular para el tiempo que se avecina, sino porque con ella se arriesga marcar negativamente la convivencia social de las próximas generaciones, imponiéndose una cultura del odio sobre una cultura del amor, de la solidaridad.

La solidaridad, estimados amigos, está claramente fundada en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Más aún, es connatural al Evangelio mismo. Por esto, la Iglesia la asume como parte integrante, inseparable, de su obra evangelizadora. Podemos decir que no hay evangelización sin solidaridad. Es por esto que toda la pastoral ordinaria de la Iglesia debe contener, adecuadamente integrada, la dimensión de la solidaridad. Siendo pues esta Vicaría una de las acciones en que la Iglesia expresa el amor de Jesucristo por el hombre en nuestra sociedad, ella no puede dejar de comprometer su acción para colaborar en el mejoramiento de la convivencia social sobre las bases del amor y no de la violencia.

"Es preciso que en todas partes se asegure el respeto a los derechos humanos" -nos dijo el Papa Juan Pablo II en Chile. Y aclaraba. "No sólo por razones de conveniencia política, sino en virtud del profundo respeto que merece toda persona, por ser creatura de Dios, dotada de una dignidad única y llamada a un destino trascendente. Toda ofensa a un ser humano es también una ofensa a Dios, y se habrá de responder de ella ante el Justo Juez de los actos y de las intenciones". Y agregaba el Santo Padre, en su discurso al Episcopado chileno: "Es de alentar que en Chile se lleven pronto a efecto las medidas que, debidamente actuadas, hagan posible, en un futuro no lejano, la participación plena y responsable de la ciudadanía en las grandes decisiones que tocan a la vida de la Nación. El bien del país pide que estas medidas se consoliden, se perfeccionen y se complementen, de modo que sean instrumentos válidos en favor de la paz social en un país cristiano en que todos deben reconocerse como hijos de Dios y hermanos en Cristo".

Este deseo del Santo Padre es, por cierto, el deseo de la Iglesia en Chile y de la Vicaría de la Solidaridad. El diálogo abierto, libre, no condicionado, es el único camino eficaz que permitirá solucionar el conflicto social y político que vive el país. Este camino pacífico es el único que permitirá alcanzar la paz verdadera, basada en la verdad y en la justicia.

Pero debemos prepararnos para ese futuro, que necesariamente llegará. El Santo Padre, en la Universidad Católica, formuló una invitación a todos los "constructores de la sociedad". Dijo: "Os invito (...) a ensanchar y consolidar una corriente de solidaridad que contribuya a asegurar el bien común; el pan, el techo, la salud, la dignidad, el respeto a todos los habitantes de Chile, prestando oído a las necesidades de los que sufren. Dad cumplida y libre expresión a lo que es justo y verdadero y no os sustraigáis a una participación responsable en la gestión pública y en la defensa y promoción de los derechos del hombre".

Es esta invitación una tarea que la Vicaría de la Solidaridad quiere asumir con especial énfasis para el futuro inmediato. La formación de una "Cultura de la Solidaridad" es el camino que posibilitará una sociedad fraterna y justa. Ella requiere de medios pacíficos. Y requiere de hombres solidarios. Es por esto que, sin perjuicio de la labor que hemos venido desarrollando en todos estos años, creemos que es necesario además intensificar una tarea específicamente formadora de hombres solidarios; de hombres de paz.

En esta línea, hoy podemos anunciar que, luego de una preparación concienzuda y acabada por parte de nuestro Departamento de Educación Solidaria, mediante estudios y experimentación, próximamente la Vicaría comenzará la expansión de un programa educativo para ayudar a la formación de personas sobre la base de los pilares básicos de la convivencia social enseñados por la Iglesia: la justicia, la verdad, la libertad, la fraternidad. Es un programa que paulatinamente podrá ser usado por diversas instituciones y organismos para

ser aplicado, con las debidas adaptaciones, en todos los sectores sociales, pero especialmente con jóvenes.

Por esto, creo que, si bien esta casa ha conocido de mucho dolor en todos estos años, ha aprendido también a construir y a vivir la esperanza de la que estamos ciertos. Y así, ha podido aportar servicios concretos para la reconciliación nacional y para una cultura de la solidaridad.

Creemos que el dolor y la esperanza, como en el Misterio de la Cruz, son promesa verdadera de un futuro de paz y fraternidad. Con nuestro esfuerzo y trabajo, y con el esfuerzo de todos los chilenos de buena voluntad, quiera Dios que así sea.

Muchas gracias.

Mons. Sergio Valech

Santiago, 5 de octubre de 1987